

Ser o no ser

Lo que llama la atención en el discurso que Benito Mussolini pronunció anteayer en Roma, es, sobre todo, su tremenda y abrumadora pobreza espiritual, su abrumadora y tremenda estupidez. ¿Cómo es posible -- se pregunta uno -- que un pueblo de cuarenta y tantos millones de habitantes pueda, no sólo ser gobernado sino que lanzado a la guerra, al hambre y a la desesperación por un "mangia pane" que dice tantas y tan grandes vanidades? En la situación en que se encuentra hoy Italia -- perdido su imperio, casi totalmente destruidas algunas de sus más ricas ciudades, con la amenaza de nuevos y espantosos bombardeos -- el espectador siente, al leer ese discurso, una desilusión angustiosa. ¿Este es el hombre y esa es la respuesta de ese hombre a esa destrucción y al sacrificio del pueblo italiano? Bravatas, insultos, cinismo, mentiras.

"Es mejor para nosotros tener menos museos, menos cuadros y más banderas quitadas al enemigo." ¡qué magnífico pensamiento y qué gran pensador perderá el mundo el día en que Benito Mussolini sea llamado al seno de la tierra italiana!

Estimaría uno lógico, aceptable por lo menos, que un pueblo siguiera a cualquier parte a un hombre que, o bien pronunciara discursos llenos de grandes ideas o bien no dijera nunca una palabra (el silencio ha hecho aparecer a veces como inteligentes aun a los más tontos de los gobernantes), pero ¿cómo explicar que se siga a un hombre que, en el caso en que su país se encuentra, salga con semejante discurso?

Salvo que tuviese razón el que dijo que los pueblos tienen los gobernantes que se merecen. O sea, tales pueblos, tales gobernantes, tales discursos. Nos resistimos a creer en ello, sin embargo, por lo menos en el caso de Italia.

Convertido en un Hamlet de nuevo cuño, Mussolini pregona que esta es una guerra en que se encuentra en juego el ser o no ser, sin darse cuenta que la guerra es el mejor medio de llegar a no ser. M. Rojas